

1.

OBSTÁCULOS A LA PRESENCIA REAL

Cada unos años, el Pew Research Center publica un estudio actualizado sobre las creencias de los católicos estadounidenses en relación con la presencia eucarística. El estudio se utiliza a menudo como un indicador para determinar el compromiso de los católicos con la práctica religiosa en Estados Unidos. En 2019, el informe encontró que siete de cada diez católicos creen que el pan y el vino en la Misa son símbolos del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Solo el 31 por ciento de los católicos en el mismo estudio profesaron fe en que el pan y el vino se convierten en “el Cuerpo y la Sangre reales de Cristo”.¹

Dentro del catolicismo estadounidense, las reacciones al estudio son similares cada vez que Pew publica sus conclusiones más recientes. Algunos católicos piden una catequesis renovada de la Eucaristía, escandalizados de que tantos no entiendan la doctrina de la presencia real y la transubstanciación. En 2019, el obispo Robert Barron expresó su enfado porque la Iglesia ha fracasado sistemáticamente a la hora de expresar los fundamentos de esta doctrina a los fieles.² Para el obispo Barron y muchos líderes católicos que comparten su preocupación, la encuesta funcionó como una llamada de atención para que el clero y los catequistas intensifiquen los esfuerzos relacionados con la catequesis eucarística.

Otros critican el estudio. El doctor Mark Gray, sociólogo católico, ha llamado la atención sobre el lenguaje teológico impreciso de la encuesta. Los católicos no profesamos la fe en que el pan y el vino se conviertan en “el Cuerpo y la Sangre reales de Cristo”. Declaramos la fe en la presencia real o sustancial de Cristo, Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad. Esta presencia se nos ofrece a través de las especies o accidentes del pan y el vino. El lenguaje de la encuesta, no tomado de la enseñanza católica, puede haber llevado a confusión a los encuestadores. El Cuerpo real de Cristo podría haberse entendido como el cuerpo localizado de Cristo, ascendido a la derecha del Padre. Los encuestadores, en este caso, demuestran que la confusión en torno a la doctrina eucarística es un problema no sólo para los católicos, sino también para quienes trabajan para Pew.

Por último, otros celebran los resultados de la encuesta. Según el periodista jesuita padre Thomas Reese, S.J., la encuesta revela que en las parroquias se sigue transmitiendo un enfoque anticuado de la teología eucarística. Como escribe en el *National Catholic Reporter*:

Personalmente encuentro ininteligible la teología de la transubstanciación, no porque no crea que el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, sino porque no creo en la materia prima, las formas sustanciales, la sustancia y los accidentes. No creo que tengamos ni idea de lo que quiso decir Jesús cuando dijo: “Esto es mi cuerpo”. Creo que debemos aceptarlo humildemente como un misterio y no pretender que lo entendemos.³

Para el padre Reese (y no es el único), la doctrina de la transubstanciación depende de una visión anticuada del mundo físico extraída de Aristóteles. Los encuestados por Pew no creen

en la transustanciación porque la doctrina es incomprensible para el hombre moderno. Es más, el verdadero objetivo de la Eucaristía, según el padre Reese, no debería ser adorar o rezar a Jesús en la hostia eucarística. Por el contrario, la Eucaristía está orientada a hacer a la asamblea más semejante a Cristo a través de la participación en la comida comunitaria de la Misa para un mayor servicio al mundo.

Excluyendo la posición del doctor Gray, cuya crítica deberían leer los líderes pastorales tentados de prestar demasiada atención al estudio del Pew, para mí está claro que muchos católicos no poseen una comprensión precisa de las doctrinas tanto de la presencia real como de la transustanciación. Tampoco realizan prácticas reverentes que permitan al cristiano gustar y ver la bondad del Señor en el Santísimo Sacramento. Este libro quiere unir estas dos preocupaciones: una recuperación significativa de las doctrinas de la presencia real y de la transustanciación, junto con la formación espiritual necesaria para asentir a la doctrina con todo nuestro corazón.

En este capítulo inicial, intento despejar el camino para esta recuperación. Lo hago centrándome en tres confusiones prominentes en torno a las doctrinas de la presencia real y la transustanciación. Estas confusiones son los obstáculos que dificultan tanto la comprensión como la enseñanza de estas doctrinas. Estos tres puntos de confusión incluyen:

- una interpretación demasiado física y, por tanto, técnica de la presencia real y de la transustanciación,
- falta de reverencia eucarística, y
- se presume una falsa dicotomía entre la reverencia eucarística y el reconocimiento de la presencia de Cristo en los hambrientos y sedientos.

INCOMPRENSIÓN DE LA PRESENCIA REAL

Sospecho que la mayoría de los católicos, aunque crean en la presencia real, no podrían explicárselo a un vecino inquisitivo que quisiera saber por qué los católicos creen que comen el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Desde 2010, enseñé teología en la Universidad de Notre Dame. En muchas de mis clases, los estudiantes no saben qué es un sacramento y por qué la Eucaristía es uno de ellos. Son “más o menos” conscientes de que la transubstanciación es importante. Pero si se les pide que definan la doctrina, la mayoría de mis alumnos (de los cuales alrededor del 83 por ciento son católicos bautizados) no serían capaces de articular por qué la Iglesia cree en la presencia real, qué es la transubstanciación y por qué es importante para la vida cristiana. Uno podría imaginar que estos estudiantes podrían marcar una casilla en una encuesta como la del estudio Pew confesando que Cristo está simbólicamente presente en la Misa. Puesto que no se puede percibir a Jesús presente en el altar, la presencia simbólica tiene más sentido para quienes no han sido formados por la Tradición de la Iglesia, especialmente cuando el propio estudio Pew no utiliza el lenguaje adecuado para describir la enseñanza de la Iglesia sobre la presencia real.

Pero incluso quienes pueden articular la doctrina de la presencia real también malinterpretan lo que la Iglesia enseña sobre la Eucaristía. Hace varios años, escribí un libro sobre por qué el aburrimiento en la Misa funcionaba como una invitación a un nivel más profundo de participación en el misterio eucarístico.⁴ Escritor católico novato que buscaba vender el libro a alguien más que a su abuela, participé en programas de radio católicos para hablar sobre los temas del libro. Mis entrevistadores eran fervientes, el tipo de gente que se uniría a la escritora de cuentos

Flannery O'Connor en su réplica a un colega escritor católico que en una fiesta confesó su fe en la Eucaristía como un mero símbolo: "Bueno, si es un símbolo, al infierno con él".⁵ Estos presentadores de radio, aunque rechazaban un enfoque simbólico de la Eucaristía, a menudo caían en una interpretación física de la transustanciación que tampoco era congruente con la enseñanza de la Iglesia. A muchos católicos se les ha enseñado a través de blogs, predicaciones y otros medios populares que estos milagros eucarísticos son signos de lo que ha sucedido físicamente en la consagración. Sin embargo, la transustanciación no es un cambio físico. El doctor eucarístico por excelencia Santo Tomás de Aquino argumenta que los milagros eucarísticos (hostias sangrantes, la aparición de un niño durante la consagración) son milagros secundarios destinados a llevar al cristiano que duda a expresar su fe en la presencia eucarística de Cristo.⁶ Una hostia sangrante no está relacionada con la transustanciación porque la presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento se percibe, para Tomás de Aquino, no a través de los sentidos sino exclusivamente a través de un acto del intelecto. Aquí, el intelecto no significa la facultad que sólo emplean los intelectuales en las universidades para escribir libros. En cambio, el intelecto es nuestra atención, memoria, imaginación, entendimiento, reflexión y nuestra forma de juzgar. Todos somos intelectuales porque usamos el intelecto cada día para pasar de lo que se ve a lo que no se ve. Veo una nube oscura y llego a la hipótesis de que puede llover. Esta hipótesis es un acto del intelecto.⁷ Del mismo modo, confieso que Cristo está presente en la Eucaristía no porque perciba esta presencia a través de los sentidos, sino porque el intelecto ha sido transformado por la fe para reconocer la presencia del Amor.

Pero quizá toda esta charla sobre la doctrina eucarística no sea más que una reacción exagerada. Tal vez, como el padre

Reese, deberíamos renunciar a la anticuada doctrina de la transustanciación para encontrar una nueva forma de hablar de la Eucaristía. ¿Realmente necesitamos explicar el misterio de esta presencia utilizando términos como *sustancia* y *accidentes*? ¿No basta con que el cristiano doble la rodilla ante la presencia de Cristo? ¿Necesita la Iglesia que sus fieles se doctoren en filosofía antigua para saborear el don de la Eucaristía?

Doblar la rodilla ante el Santísimo Sacramento, ofrecer flores ante una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y gritar “Señor mío y Dios mío” durante la consagración son esenciales para fomentar la devoción eucarística. Sin embargo, los católicos estamos llamados a algo más que a asentir servilmente a la doctrina. Se nos ha dado la capacidad de pensar, de entender, de comprender lo que significa profesar la fe en Jesucristo. Oración e intelecto pueden ir juntos. Después de todo, es Tomás de Aquino quien escribe un tratado sobre la Eucaristía en su *Summa Theologiae*, además de componer himnos eucarísticos y oraciones para la fiesta del Corpus Christi.

La precisión doctrinal se ordena, en última instancia, a una apreciación más profunda del misterio del amor divino. Las doctrinas de la presencia real y de la transustanciación son formas de formar nuestros hábitos de expresión para comunicar adecuadamente sobre este misterio de amor. La transustanciación no es una explicación técnica de lo que sucede en la Eucaristía. De hecho, es una doctrina destinada a formar a mujeres y hombres para que se acerquen al sacramento como la presencia personal y vivificante del Señor crucificado y resucitado que se nos da a comer. Hay precisión necesaria en la doctrina eucarística, pero tal precisión está diseñada para facilitar un encuentro más profundo en lugar de explicar el misterio.

Y el lenguaje preciso utilizado en la transubstanciación es importante. Claro, se requiere un poco de trasfondo para enseñar esta doctrina. Cuando el católico moderno oye el término *sustancia*, no piensa en Aristóteles, sino en cosas materiales. Se imaginan que la sustancia del pan es lo que se puede ver, tocar y saborear.

Pero el lenguaje preciso de la doctrina se diseñó para evitar un relato excesivamente físico de la presencia de Cristo, así como uno meramente simbólico. Para ello, la Eucaristía utilizó el lenguaje del filósofo Aristóteles. Pero no es del todo correcto decir que este lenguaje requiere que uno adopte la visión física del mundo de Aristóteles para entender la doctrina de la transubstanciación. Como escribe Joseph Ratzinger:

La transformación eucarística se refiere *per definitionem*, no a lo que aparece, sino a lo que nunca *puede* aparecer. Tiene lugar fuera del ámbito físico. Pero eso significa, por decirlo claramente: visto desde la perspectiva de la física y la química, no ocurre absolutamente nada en los dones—ni siquiera algo en un ámbito microscópico; considerados física y químicamente, después de la transformación, son exactamente iguales a como eran antes de ella.⁸

La transubstanciación no es una extensión de la física de Aristóteles a la teología. Por el contrario, emplea el lenguaje del filósofo Aristóteles para describir una transformación esencial que tiene lugar en los elementos eucarísticos. Las especies de pan y vino permanecen, pero su realidad es ahora completamente distinta: la Eucaristía es la presencia personal de Jesucristo. Para entender esta afirmación, es útil ver que Tomás de Aquino utiliza a Aristóteles, pero no es necesario convertirse en un científico natural al modo del Filósofo (lo que Santo Tomás llama Aristóteles).

De hecho, la transubstanciación puede ser comprendida en poco tiempo por casi cualquiera que atienda al significado de la doctrina. Según Aristóteles, todo posee una sustancia. Una sub-sustancia es aquello que hace que la cosa sea lo que es. Tales sustancias no son visibles. Mi hija de tres años sale a pasear por la calle. Ve un golden retriever, un poodle y un galgo. Cada perro tiene un aspecto diferente. Y, sin embargo, ella proclama maravillada cada vez: “¡Mirad, perritos!”. Las propiedades o apariencias de cada perro pueden ser disímiles. Uno es pequeño, el otro grande. Uno puede ser marrón, el otro negro. Uno puede tener el pelo corto, otro largo. Pero comparten una sustancia: la que los convierte en *ese mismo* perro.

La transubstanciación es la explicación de la doctrina de la presencia real empleando la palabra *sustancia*. El pan y el vino han cambiado su sustancia, lo que son fundamentalmente. Parecen, saben, huelen, se sienten e incluso suenan como el pan y el vino. Pero a través de las palabras de Jesucristo y el poder del Espíritu Santo, y a través del instrumento de las palabras del ministro ordenado, la sustancia de *este* pan y *este* vino se transforman. A nivel de sustancia, ya no hay pan. No hay más vino. Más bien, la Eucaristía es la presencia total y real de Jesucristo, dado a la Iglesia en lo que parece y sabe a pan y vino. La especie o apariencia—es decir, los accidentes del pan y del vino—permanecen a disposición de nuestros sentidos, sostenidos sólo por un milagro.

Así pues, la doctrina de la transubstanciación no es una explicación técnica o física de lo que sucede en la Misa. Por el contrario, es una doctrina que describe cómo Jesucristo nos alimenta con su misma presencia a través de los signos del pan y del vino. Como veremos en los Padres de la Iglesia, en Tomás de Aquino y en los adoradores eucarísticos medievales y modernos, esos signos del pan y del vino realmente importan. Es a través de

esos signos como los seres humanos aprendemos a deleitarnos en la presencia de Dios aquí y ahora.

FALTA DE REVERENCIA EUCARÍSTICA

Pero no basta con comprender la doctrina. La formación eucarística exige también reverencia, doblar la rodilla ante la presencia del Señor. Es posible que malinterpretemos la Eucaristía porque no adoramos al Señor. En su *A Grammar of Assent*, san John Henry Newman introduce una distinción entre el asentimiento nocional y el real. El asentimiento nocional es abstracto y, por tanto, se refiere a proposiciones y definiciones. Este tipo de asentimiento o aprehensión discierne cómo las afirmaciones en competencia interactúan entre sí y se relacionan con el todo. En cambio, el asentimiento real es un acto de imaginación. Como asentimiento, implica al que lo hace a nivel personal. Antes de ser padre, podía asentir teóricamente a la siguiente proposición: educar a los hijos requiere paciencia. Es una afirmación razonable. Los niños pueden pedir mucho a los padres. Si fuera sociólogo, podría realizar un estudio longitudinal de parejas para evaluar cómo han desarrollado la paciencia desde el nacimiento de sus hijos hasta que se van de casa.

Un verdadero asentimiento a la paciencia paterna es diferente. ¿Y si en lugar de hacer un estudio sobre la paciencia de los padres, me convierto en padre? Empezaría a experimentar noches de insomnio. Daría paseos frecuentes y muy lentos con niños pequeños alrededor de los santuarios de las iglesias. Esperaría mientras un hijo o hija adolescente ocupa el baño durante dos horas. Para mí, la virtud de la paciencia paterna ya no es teórica. Se ha convertido en algo real.

El verdadero asentimiento debe ser concreto, ya no se trata de ideas, sino de la realidad misma. Y el asentimiento religioso a los dogmas debe ser tanto nocional como real para el cristiano. Newman escribe:

Un dogma es una proposición: representa una noción o una cosa; y creerlo es darle el asentimiento de la mente, ya sea que represente lo uno o lo otro. Darle un asentimiento real es un acto de religión; darle un asentimiento teórico es un acto teológico. La imaginación religiosa lo discierne, se apoya en él y se lo apropia como una realidad; el intelecto teológico lo sostiene como una verdad.⁹

Un enfoque proposicional de las doctrinas de la presencia real y la transustanciación no puede garantizar un asentimiento real. Necesitamos apropiarnos de la doctrina, mantenerla en nuestra imaginación religiosa e inclinarnos ante el Santísimo Sacramento antes de hacer un asentimiento real a la presencia real.

Dado que un asentimiento real requiere reverencia, la Eucaristía es a menudo malinterpretada, no sólo porque la gente no conoce la doctrina, sino porque la Iglesia profesa implícitamente en su oración una falta de creencia en la presencia de Cristo. Si los fieles se acercan a la Eucaristía como algo “meramente” simbólico, puede que tenga más que ver con la pobreza del culto eucarístico (el espíritu de reverencia con el que nos acercamos al culto de Dios en la Misa) que con la calidad de la instrucción doctrinal. En muchos lugares, la Misa se celebra de tal manera que la presencia de Cristo no es el centro del culto. No hay posturas de adoración o silencio en la Misa. Los himnos que la Iglesia canta durante la Eucaristía pueden hablar de los elementos eucarísticos como mero pan y vino. Una parroquia que reconoce teóricamente la doctrina de la